

11. Desesperadamente Malvado

E. J. Waggoner

Es bastante probable que nos ofendiéramos y escandalizáramos si alguno de nuestros amigos nos dijera que somos personas desesperadamente malvadas, o si alguien nos representara como tales ante el público. Conocemos a algunas personas que son malvadas —quizás algunas de las cuales consideramos desesperadamente malvadas—; y hemos leído sobre tales personas en la historia y en los relatos de crímenes que llenan las columnas de los periódicos; y no desearíamos ser clasificados con ellas. Pertenecemos a la clase de personas "respetables" —esa clase que no es tan buena como podría ser, pero que no hace nada muy malo—. Ciertamente, sería una calumnia flagrante señalarnos como desesperadamente malvados.

¿Lo sería? Examinemos un poco este asunto. El Señor ha dicho algo al respecto, y Él no calumnia a las personas, sino que dice a cada uno la verdad exacta. Acudimos al libro de Jeremías y leemos: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» (Jeremías 17:9, RVR1960). ¿De quién es el corazón? Ah, no se especifica ninguna persona en particular en la declaración; su aplicación es general; significa tu corazón y el mío. Tampoco dice que el corazón *puede* volverse engañoso y desesperadamente malvado, sino que *lo es*. No hay escapatoria; el Señor dice que nuestros corazones son *engañosos por encima de todas las cosas, y desesperadamente malvados*. No importa nuestra respetabilidad y posición en la sociedad; si el corazón humano nos gobierna, somos desesperadamente malvados. Y es solo porque nuestros corazones son tan engañosos que no nos damos cuenta de este hecho. Sí; allí hay asesinato; allí hay adulterio, allí hay robo, allí hay blasfemia, allí está ese crimen espantoso que nos conmocionó al leerlo en el periódico, y que envió a un hombre al patíbulo; allí hay todo aquello de lo que son culpables los hombres sin ley, y que es contrario a los diez mandamientos. El Señor lo dice; porque Él dice: «Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden;» (Romanos 8:7, RVR1960).

¿A qué parte de la ley de Dios no está sujeta la mente carnal? ¿Puede estar sujeta a una parte de esa ley y no sujeta a la parte restante? Ciertamente, eso no podría ser. El corazón debe estar sujeto a la ley en su totalidad, o no estar sujeto a ella; y el corazón carnal, como

declara el texto, «*no se sujeta a la ley de Dios*». Esta naturaleza carnal es la naturaleza que obtenemos al nacer, y esta naturaleza debemos retener, sin importar nuestra posición y ocupación entre los hombres, hasta que permitamos que el Señor transforme nuestros corazones por el poder de Su gracia. Y por lo tanto, toda persona en quien existe este corazón natural o carnal está en enemistad con cada precepto de la ley divina. No solo está en enemistad con el mandamiento que dice: «*No codiciarás*» —como pueden estarlo personas muy respetables—, sino que tampoco está en armonía con los mandamientos que dicen: «*No matarás*» y «*No cometerás adulterio*». Puede que no sienta la enemistad incitándolo a cometer algún acto impactante; pero, sin embargo, está ahí.

¿Sabemos, incluso los mejores de nosotros, lo que hay en nuestros corazones? ¡Con qué frecuencia las circunstancias descubren allí males con los que ni siquiera soñamos! Dejemos que nuestra naturaleza se altere repentinamente, y surgirán palabras y acciones que nos causarán sorpresa y vergüenza. Los hombres no empiezan su vida para convertirse en asesinos, adúlteros o malversadores. Tales individuos se horrorizarían si se les dijera al principio a dónde los llevarían los acontecimientos de años posteriores. Su naturaleza era la misma que la nuestra: sin embargo, los malos actos estaban allí.

No sirve de nada negar lo que el Señor nos dice. Si la mera "respetabilidad" pudiera decidir la cuestión, el diablo tendría ventaja sobre nosotros, porque él «se disfraza como ángel de luz.» (2 Corintios 11:14, RVR1960), poder que nosotros no poseemos. Ninguno de nosotros puede competir con el diablo en cuanto a una buena apariencia. El Señor nos ve tal como somos, y cuanto antes nos veamos a nosotros mismos como Él nos ve, mejor. Cuando nos convenzamos de que somos realmente desesperadamente malvados, veremos la necesidad de deshacernos por completo de nuestras naturalezas heredadas, en lugar de intentar hacerlas presentables a Dios mediante algunos esfuerzos de remiendo. Estaremos listos para aceptar el nuevo corazón y la nueva naturaleza que Dios nos da a condición de una sumisión perfecta a Él, incluso la naturaleza de Jesucristo, quien mora en el corazón por la fe.

También veremos que el apóstol dijo la verdad cuando afirmó: «Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo.» (Romanos 2:1, RVR1960). Los gérmenes que se desarrollaron (y tan repentinamente) en los malos actos que condenamos en otros, están en nuestros propios corazones naturales, en la enemistad que tales corazones

tienen hacia la ley de Dios. Cuando tengamos la naturaleza de Cristo, estaremos en este punto como Miguel Arcángel, quien contra el mismo Satanás no traería acusación de maledicencia (Judas 9). Nos corresponde elegir entre una naturaleza que es desesperadamente malvada y una que es infinitamente buena.

PT, 27 de diciembre de 1894